

principio, porque la enfermedad empezó á las nueve de la mañana. El enfermo tomaba el té colérico bien caliente (1).

El pulso era pequeño, poco vivo, las extremidades bastante calientes.

Se le ordena un baño de pies sinapizado, y nada otra cosa que el té colérico.

A las ocho de la noche me llaman de nuevo por el mismo enfermo; noto en él: la inteligencia buena aun, la cabeza pesada, cara deshecha, piel negra, pegada sobre los huesos de la cara; ojos sumidos en las órbitas; la respiracion penosa, suspiros, inquietud, ansiedad, el pecho apenas caliente, el aire penetra dificilmente en los pulmones: los movimientos del corazon ya no son sensibles, el pulso no aparece en parte alguna. La lengua puntiaguda, fria, roja en la punta y un poco al rededor, blanca al medio, húmeda.

Epigastro doloroso á la presion; el enfermo siente dolores y ardor en el interior de esta region; vómitos de una materia blanca, líquida, semejante al agua tibia cuando se deslie en ella azúcar.

La diarrea continua; las extremidades superiores solamente frias: calambres dolorosos en las pantorrillas, y contracciones espasmódicas á las extremidades.

Toda la piel es livida, negruzca, menos el bajo-vientre, el pecho y la espalda.

Nada de orina.

Se ordena infusion de serpentaria y valeriana, dos granos de almizcle cada diez minutos, sinapismos en las extremidades inferiores, vejigatorios en las superiores, ladrillos bien calientes en las plantas de los pies.

A las diez de la noche murió, habiendo vivido trece horas.

Las mismas dificultades para la otopsia de este enfermo que para la del primero.

*Reflexiones.*— Esta cólera no era tan formidable como la primera; no obstante ha sido tambien mortal, y los mismos medios empleados han sido inútiles del mismo modo (2).

(1) Su composicion en la primera historia. (*Nota del traductor.*)

(2) Habria sido necesario obrar desde la mañana y de otro modo.  
(*Nota de Viena.*)

*Tercera historia colérica.*

La muerte del padre de familia Franz ha sido seguida (á media noche con corta diferencia) de la enfermedad de su hija.

Esta es de la edad de 14 años, fresca, robusta y de un buen talle; se siente fatigada de los cuidados y asistencia que ha prodigado á su padre.

El 21 de agosto de 1831, hácia media noche, fue sorprendida por contracciones súbitas en los dedos de las extremidades superiores é inferiores á un mismo tiempo. Estas contracciones se propagan al resto de las extremidades. Este estado le cortaba la respiracion, y le producía vómitos de materias líquidas acuosas, teniendo la apariencia de una decoccion ó agua de arroz: no habia copos: esfuerzos penosísimos para vomitar.

Se le daba desde el primer instante el té de los coléricos en muy grande cantidad (1).

El 22 por la mañana, fuimos con el señor Bochus, á casa de la enferma á las ocho.

Se nota en ella: facultades intelectuales intactas, tanto cuanto un tal enfermo puede tenerlas; la cabeza ligeramente dolorida; la cara espantosa, ciánica y negra; los ojos retirados al fondo de las órbitas; la frente un poco caliente; respiracion penosa; suspiros; pecho llano y comprimido; ruido al respirar cuasi insensible, sin ronquido alguno ni tos: voz apagada. La enferma quiere hablar pero no puede.

La lengua fria, roja su punta; los labios puntiagudos; encías pálidas; epigastro apenas caliente, como tambien el bajo-vientre. Tiene dolores en el interior y un calor abrasador, segun se explica la enferma; diarrea de materias claras, blancas y llenas de copos que se disuelven fácilmente; extremidades frias: no hay pulso, ni orines.

Se le administran: tres granos de alcanfor cada cuarto de hora; sinapismos y vejigatorios; láudano, una cucharadita á café cada media hora. Dos horas despues de este tratamiento, el vómito y la diarrea cesan (2), pero los demas sintomas persisten, solamente se siente un poco de calor en las extremidades.

(1) Infusion de sauco, manzanilla y melisa, animada con el licor anodino mineral de Hoffman. (*Véase en la primera historia.*)

(2) Se verá aun en los hospitales de Viena de estos milagros. (*Nota de Viena.*)



Una hora despues de esta mejora murió la enferma.

*Reflexiones.* — ¿Es el miedo, la fatiga ó el contagio que ha producido esta cólera? Las tres causas pueden venir á ser eficientes ó determinantes de la cólera; lo que hay de notable es que los medios terapéuticos han sido insuficientes (1).

*Cuarta historia colérica.*

El 22 de agosto, á las doce en punto, el hermano de esta desgraciada es atacado de la cólera. La madre queda espectadora atónita de la espantosa carnicería de los suyos, sin tener tiempo para hacerlos enterrar. Mi compañero me convida á ser espectador de esta última desgracia: me rehusé á ello formalmente, por la repugnancia de ver emplear un tratamiento igual, aunque recomendado por grandes médicos.

M. Bochus ha encontrado en este muchacho de 18 años, un vómito y diarrea continuos de materias análogas á las referidas arriba, etc. Ha querido ensayar de nuevo el bismuto hasta cinco granos cada cuarto de hora; consiguió á la verdad detener el vómito una hora despues de este ensayo; la diarrea cedió tambien á fuertes dosis de opio; pero el pobre muchacho murió en el momento que estos síntomas pararon!!!

*Reflexiones.* — Contaba mudar de tratamiento, si me decidia á auxiliar al muchacho de que se trataba. La debilidad empezaba á no asustarme: estaba decidido á emplear el método debilitante, pero tenia por cierto que ni los padres ni los médicos no serian de mi modo de pensar. No poder hacer una otopsia me incomodaba mucho; no obstante, mi partido era decidido sobre el método de tratamiento (2).

*Resúmen de diferentes historias coléricas acaecidas en Pesth.*

No permanecí en Pesth mas que algunos dias: he visto perecer veinte y siete coléricos con mis ojos, pero no he visto que sanase uno solo: podria haber visto mas, porque la epidemia estaba en su fuerza. Pensaba que el tratamiento empleado agra-

(1) Tales tratamientos serán siempre no solamente insuficientes para el tratamiento de la cólera, sino aun dañosos. (*Nota posterior del autor.*)

(2) La influencia que la consulta de Paris ejercia sobre mí era aun poderosa: habia no obstante alguna opinion (como la del baron Alibert) que era semejante en parte á mi plan.

varia siempre los síntomas de la enfermedad, que son mortíferos por sí mismos: la mayor parte de los enfermos que he visto han sido tratados con el opio, el bismuto, el licor anodino mineral de Hoffman, el láudano, las fricciones de cantáridas, el alcanfor, el té de cólera, los vejigatorios, los sinapismos, el almizcle, el castóreo, la serpentaria, la valeriana, el vino algunas veces.

Los síntomas que predominaban eran el vómito, la diarrea, el frio de las extremidades y la cianosis.

Es necesario que las personas que estan al frente de los gobiernos sepan que la cólera ha causado muchos embarazos á la carrera de las operaciones sociales.

En Hungría, como en todas partes, el gobierno se ha querido hacer médico; ha nombrado una comision, cuyos sabios miembros, llenos de amor por el bien y de la mejor fe, sin haber jamas visto ni tratado un colérico, han decidido *à priori*, segun la relacion de los diarios, que el específico para la cólera era el *magisterium bismuthi* (1). Todos los boticarios estaban advertidos por el gobierno de prodigar este medicamento heróico al primer médico que llegase, como una panacea, prescribiéndoles el modo de usar de él: toda la Hungría, asegurada por esta ineptia, hacia de él una provision espantosa: habia personas que le usaban como preservativo. En el instante que la cólera apareció en este reino, el pueblo, sin pedir siquiera parecer á los médicos, ni consultar á nadie, ha tomado á tontas y locas el bismuto.

Tal es la confianza de este pueblo de Hungría en su gobierno (que llama paternal): pero mas tarde habiéndose apercebido que todos aquellos, sin excepcion, que habian hecho uso de este medicamento, alabado por la sabia comision y aprobado por su gobierno, morian, y figurándose que este bismuto era inventado por el mismo gobierno y los nobles para envenenar el pueblo, se levantó y tomó el partido de unirse á la nacion que combatia en esta época á las orillas del Vistula. El imperio iba á caer: pero una ordenanza anuló esta ley absurda, y el pueblo volvió á entrar tranquilo en sus cabañas de miseria, para ser de nuevo destruido por la cólera, y gemir bajo el tratamiento impotente y empírico de médicos sin experiencia y sin fisiología.

El emperador de la Rusia ha desplegado una firmeza de otra

(1) En mis consultas este remedio tiene partidarios, bien sabios por otra parte. (*Nota del autor.*)



naturaleza para impedir una revolucion que le amenazaba en su capital, cuyo principio salia de los hospitales coléricos. Antes de dejar á Pesth, creo de alguna utilidad exponer tres observaciones de cólera tratada por el doctor Reuxinger, de que dos han curado.

*Los tres amigos de Hungría.*

Magner, Sailler y Schulmeister (1) salieron de Pesth para la Turquía por asuntos de comercio, y con la intencion de preservarse de la peste, el 7 de agosto de 1831; vivieron juntos hasta el 15 de este mes; cometieron durante su viage muchos excesos; comer y beber sin límite era lo primero; siempre con el coche descubierto, dia y noche, aguantaron un aguacero continuo todo el dia que precedió á su enfermedad, y de vuelta á su patria, hallándose mojados, los agarró un viento frio durante muchas horas.

Schulmeister, de edad 37 años, bien musculado, atlético, ejercia, como sus primos, el estado de carnicero; comió el 17 con gran apetito; era aficionado á beber: despues de la comida fue atacado de espantosos vómitos y diarreas cólicas; conservó el conocimiento y la palabra hasta el último momento: poco tiempo despues se puso desconocido con una cara colérica, el pulso perdido, frio de hielo, etc. Murió cuatro horas despues del ataque con dolores espantosos en el estómago y en el bajo-vientre, sed ardiente, calambres horribles, respiracion enteramente imposible.

*Tratamiento.* Ninguna sangría, ni general, ni local; té, opio, vejigatorios, alcanfor, sinapismos, fricciones, licor anodino mineral de Hoffman, etc.

Magner, de edad de 12 años, y de una constitucion delicada, sintió dolores de estómago, y un ligero vómito el 18 del mismo mes, al que le sobrevino una pequeña diarrea cólica: de todo se libertó por el té de cólera y la tintura de ajeno milagrosamente.

Sailler, de edad 21 años, soltero, talla regular, de un temperamento sanguíneo, fuerte, y de un juicio ó razon feliz, dueño de café, me contó su historia (2) en su casa. No se le habia conocido

(1) Es un primo de este mozo, que hace el asunto de mi primera observacion. (*Nota del autor.*)

(2) Poseo muchas historias iguales, que me han descubierto lo que pasa en lo interior de los órganos durante la enfermedad de la cólera. Son estos ejemplares que han esclarecido mi tratamiento. (*Nota de Viena.*)

sintoma alguno de cólera. El 19 cenó bien con gran apetito: la cena se componia de un pollo asado, pan, y por bebida solamente agua; durmió tranquilamente: á las seis de la mañana del 20, los dolores de estómago y bajo-vientre le dispiertan, y se hacen insoportables y continuos (1); al cabo de una hora sobrevienen evacuaciones abundantes, al principio biliosas, y despues blanquizas, pero sin esfuerzos, y continuaron tres horas.

Su pulso, me aseguró, era muy fuerte (2), y su cuerpo rojo.

Se vieron precisados á encender fuego y cerrar el cuarto, cubriendo al enfermo de mantas de lana rodeadas de ladrillos ardiendo: tal era el frio de su cuerpo y extremidades.

A las tres horas de haber empezado la diarrea, sobrevienen los vómitos: vomita con bastante facilidad, pero los dolores del estómago y bajo-vientre son bastante fuertes; el vómito y la diarrea continuan al mismo tiempo: no obstante, una hora despues cesa el vómito espontaneamente, y la diarrea sigue.

La sed y el ardor á las entrañas existe desde el principio: gran deseo de beber agua fria, como jugos ácidos: el médico prohíbe todo esto, y le prodiga el té de cólera y otros medicamentos amargos, acres, compuestos del ajeno en gran parte. El pulso desaparece; los calambres á las piernas le atormentan fuertemente; la cara se vuelve negra, los ojos hundidos: no se permite la sangría. Tenia un espejo al frente; el juicio en su lugar, y mucho valor, aunque la muerte de su camarada Schulmeister, cuyo ataúd habia acompañado, no se le separaba de su imaginacion: la cara negra, los ojos se hundieron, y la diarrea duró seis horas mas, cuando de repente le sobreviene un sudor tan abundante que fue preciso poner otra cama inmediata á la suya para pasarle á ella y mudarle sábanas, etc., cuya maniobra se repitió varias veces. Este estado duró trece horas, y el enfermo entró en convalecencia, despues de la desaparicion gradual de los síntomas mórbidos: el pulso y el calor volvieron á parecer los primeros.

Este enfermo desobedeció en parte las órdenes del médico: en lugar de beber té hirviendo, hizo uso del agua fria y acidulada

(1) Seria preciso combatir estos dolores en el momento.

(*Nota posterior.*)

(2) Es el primer pulso que conozco estar fuerte al principio de esta enfermedad. (*Nota posterior.*)



con el zumo del limon : un buen criado es (1) quien por piedad le ha procurado los medios de cometer esta infraccion, y le ha salvado la vida. El quinto dia de su convalecencia, Sailler quizó beber algunas onzas de vino con agua; pero vómitos y cólicos que se siguieron le hicieron abstenerse de su uso, y su convalecencia fue consolidada.

*Reflexiones.* Estas tres observaciones son de una grande importancia bajo el método curativo : las vísceras del bajo-vientre son devoradas por dolores y calor : el médico no hace atencion en ello, y receta á fongos y locas; la naturaleza le pide refrescos, y él le ofrece sustancias incendiarias.

## BOCHNIA.

Sali para la Galicia con un médico, un cirujano y un boticario, enviados todos por el gobierno imperial para socorrer con su arte los contornos de Bochnia, Tarnow y Tcernovitz : todos los vasallos del imperio austriaco llaman al emperador su padre : creo hacerle justicia, declarándolo como médico : sí, padre supremo de su pueblo. Ha tomado sobre sí, durante la cólera, aligerar la miseria de los pobres; consolarlos de todos los modos posibles, enviándoles médicos á todas las campiñas, ciudades y aldeas : toda persona, por poco instruida en el arte de curar, era protegida segun su mérito. El conocimiento de esta disposicion llenaba los corazones de esperanza, y daba mayor fuerza moral para resistir á este azote.

Llegado á Bochnia el 1º de setiembre de 1831, fui conducido por mis compañeros de viage, MM. Bochus y Kauher, á las dos de la tarde, á una casa pobre judáica, donde habia tres hijas enfermas, cuyos padres acababan de morir de la cólera (2). Estaban abandonadas de todo el mundo, menos de una vieja caritativa : habian sido atacadas el dia anterior, sin dar la hora; vomitaban materias coléricas abundantes; la mayor y la segunda iban cada instante al sillico.

La mayor respondia con precision á las preguntas que se le

(1) Muchos criados, criadas y padres, han quebrantado esta cruel prescripcion, siempre con ventaja para los enfermos. (*Nota posterior.*)

(2) No hallo en mis notas el nombre de esta familia : la enfermedad y su naturaleza asesina, absorbian entonces toda mi atencion.

hacian; dijó su edad de 23 años. Tenia la cara alterada, encogida, de color rojo oscuro y salpicada de negro y pálida; frente y cara calientes; lengua fria, hinchada, roja y seca; sed, deglucion difícil, respiracion rara y penosa, pecho aplanado y deprimido. La percusion da un sonido claro en la parte superior, y un poco mate á la inferior; el ruido respiratorio débil y apenas perceptible; el corazon sin sistole ni diástole; se mueve de cuando en cuando : el cardioscopio de M. Piórri manifiesta que este órgano no ocupa mas que un pequeño espacio en el pecho. Los bronquios reciben un poco de aire, que sale frio de ellos; el laringe, alterado en sus vibraciones, da la voz de los coléricos; el bajo-vientre quema por todas partes; el calor es acre. La presion de la mano renueva los dolores por todas partes, sobre todo á la region epigástrica, y produce tambien náuseas : la enferma confiesa fuertes dolores y calor en esta region. Vómitos de materias en pequeña cantidad, blanquizas, mucosas, sin olor, y de sabor un poco agrio; cólica y diarrea; las materias enteramente negras (1), líquidas; el bajo-vientre pegado á la columna vertebral : sin orines desde la vispera, calambres fuertes á las pantorrillas, contracciones ligeras á las extremidades superiores : extremidades frias; la cianosis, la carbonizacion cubren las manos, los antebrazos, los pies y las piernas : no hay pulso.

*Prescripcion.* Lavativas de malvavisco laudanizadas; ácido hidrociánico, media gota por hora; fricciones secas con franelas, ladrillos calientes á las extremidades inferiores, vejigatorios á la nuca, sinapismos á las manos y antebrazos, cataplasmas emolientes sobre el abdomen, bebidas vinadas.

A las cuatro el vómito cesa, como las contracciones espasmódicas; y á las cinco la paciente muere : media hora despues de su muerte, apercibí, por la primera vez, que el pecho y el bajo-vientre temblaban y se movian : creo que la niña no está muerta; pero, observándola atentamente, me aseguro que este movimiento es espasmódico, y que cesa dejando las partes contraídas.

La segunda, de diez y ocho años, tiene la cara pálida y amarilla, los ojos hundidos en las órbitas; sed viva, voz colérica, pecho oprimido, inquietud, vómitos y diarrea coléricos : el bajo-

(1) Es un poco difícil asegurarse siempre de los diferentes colores que las materias de las evacuaciones toman en los coléricos. (*Nota del autor.*)



vientre insensible á la presión de la mano; pero hay dolores de estómago y cólicos fuertes; vientre meteorizado; extremidades bastante calientes, pulso pequeño y sin frecuencia, contracciones tetánicas á los miembros superiores.

*Prescripción.* Aceite hidrociánico, una gota cada dos horas; cataplasmas sinapizadas sobre todo el bajo-vientre; té bien caliente por bebida: á las tres horas de emplear este método, las contracciones tetánicas cesan, como los vómitos y la diarrea.

El médico que trataba esta enferma (yo no asistía mas que como observador, y pensaba pasivo) estaba encantado de este suceso. Yo me mantenía indeciso.... La piel se volvió ardiente, la lengua negra, la inteligencia un poco obtusa y turbada: se le administra la serpentaria, porque la cólera amenazaba pasar á la *fiebre nerviosa*: el día siguiente, á las seis de la mañana, fui espontáneamente á casa de la enferma, con M. Bosch, Polaco vecino de Brody, cuarto compañero de viage.... La enferma habia ya muerto á las dos de la mañana.

La tercera pequeña judía, de doce años, fue trasportada al hospital el día anterior, cuya suerte ignoro; pero dudo sea feliz.

*Reflexiones.* — He notado, en muchas circunstancias, que la peritonitis acompaña algunas veces la cólera.

Mis compañeros estan preocupados de la debilidad.

Yo poseo aun doce historias de coléricos que ví tratar en Bochnia por mis compañeros de viage, y todos murieron. Las voy á poner á la vista de los médicos que no han visto ni tratado la cólera.

*Resúmen de doce observaciones de cólera en Bochnia.*

Habia siete hombres y cinco mugeres, de la edad desde doce á cincuenta y tres años. Facultades intelectuales cuasi siempre buenas, ojos mas ó menos hundidos; la lengua siempre roja á la punta, y algunas veces al rededor; sed grande en general; extremidades no siempre frias; el color de la cara y de las extremidades rojo oscuro, pálido ó ciánico, ó de herrumbre bien oxidada. La diarrea cólica predomina sobre los vómitos: un muchacho de catorce años ha arrojado lombrices por arriba y por abajo. Todos han tenido contracciones espasmódicas y calambres; pero este síntoma era mas formidable en las mugeres.

*Medicamentos.* Sulfate de plomo, de cobre, de bismuto, calo-

melos, seis granos cada hora; vino de ajeno, valeriana, serpentaria, árnica, vejigatorios, sinapismos, baños calientes, opio, etc.

Las diarreas y los vómitos han sido muchas veces cortados como por encanto; pero todos los enfermos han muerto á pesar de esta ventaja aparente.

No pude lograr hacer una otopsia, lo mismo que en Pesth.

Un niño de cinco años fue atacado de vómitos y diarrea en la grande posada de la ciudad, donde me habia alojado. Su madre, sumergida en lágrimas, ocurrió á mí el 23 de agosto: le administré de cinco á seis onzas de aceite de almendras dulces en el momento: esta dosis la arrojó á los tres minutos. Propuse darle otra igual, á lo que consintió la madre; el niño la tragó por fuerza, y la guardó cinco minutos; pero no arrojó mas que una parte. Le administré todavia cinco onzas por la boca, y diez en una lavativa laudanizada: el niño lo conservó todo, con lo que cesaron los vómitos y las evacuaciones.

TARNOW.

El 5 de setiembre, visité en Tarnow, pequeña ciudad de Galicia, muchos enfermos. M. Bochus se estableció, por órden del gobierno, en los contornos de Bochia. M. Kauher es destinado á las campiñas de Tarnow: no obstante, antes de salir, me llevó por todas las partes donde supo que habia coléricos. Como estaba provisto de recomendaciones ministeriales, tenia el derecho de ejercer: le seguí por todas partes. Él es menos médico que su compañero. En esta villa, fatigado del viage, no hago mas que tomar notas sobre los síntomas mas notables de los coléricos que visitaba, sin mayor atención á los medicamentos y muertos. Estas villas de la Galicia son por la mayor parte desaseadas y pobladas de judíos. Esta nacion perezosa tiene costumbres singulares: difícilmente se puede conseguir que vayan á los hospitales. Mis dos compañeros de viage eran de esta nacion: á esta circunstancia debo mis observaciones hasta aquí: el último era muy complaciente para conmigo, y me conducia, como su coreligionario, en casa de todos sus enfermos.

El nombrado José, judío de origen, maestro carretero, llama al doctor Kauher el 5 de setiembre, á las cuatro de la tarde. Yo voy con él; el enfermo tenia cuarenta y ocho años, de una feliz constitucion: ojos hinchados, en lugar de hundidos; frente roja;



cara pálida; la cabeza un poco pesada; lengua llana, blanca y húmeda; ortopnea, voz particular, el pecho bastante caliente, pulsación del corazón tumultuosa; sed, epigastro caliente, sensible á la presión, calor y dolor anunciados por el paciente en la cavidad epigástrica y á lo largo de las falsas costillas; vómitos de materias acuosas, mucosas, en poca cantidad; hipogastro caliente y doloroso, cólicos y deyecciones coléricas poco frecuentes, extremidades un poco frías.

Yo propongo una larga sangría (1): mi compañero lo aprueba, y la ejecutó inmediatamente. Prescribe el té caliente por bebida, y fricciones con el linimento alcanforado en las extremidades. Cuatro horas después de la operación de la sangría, el pulso vuelve y bastante frecuente; la lengua está roja, los ojos dejan de ser salientes, el vómito desaparece; pero la diarrea vuelve de tiempo en tiempo, y las materias son aun coléricas. La respiración y todos los demás síntomas disminuyen de intensidad: baños de pies sinapizados, bebida del té caliente y fricciones.

El 6 por la mañana la diarrea cesa, y el enfermo entra en convalecencia; pero se le ordena y mantiene en una dieta rigurosa.

*Historia de mi cólera morbus.*

Visitó aun algunos enfermos el 6 de setiembre; pero un sentimiento de lasitud me obligó á retirarme temprano: tomé una sopa de arroz, como de ordinario, por cena. Un ruido, ó por mejor decir, una pelea intestinal, me pone en alerta el 6. Hacia tres días que iba al sillico cada veinte y dos horas, en lugar de treinta y seis, como era mi costumbre. Las deposiciones eran un poco blandas; esto me sucede muchas veces sin desarreglo alguno: desprecio todo esto, y duermo toda la noche del 6 al 7; pero, á cosa de las seis y media de la mañana del 7, fui despertado por un movimiento sensible de los intestinos situados bajo el ombligo, sin ruido alguno. Este movimiento me levanta el estómago, y me causa náuseas; se sigue una evacuación abundante de materias fecales líquidas, sin esfuerzos. Llamo á M. Kauher á mi casa: me encontró escribiendo, y me pregunta por mi salud, le leí cuanto llevaba escrito; rióse de mí y se marcha.

Me quedo siempre en la cama, muy cubierto; hago encender fuego y rodear mis mantas de botellas llenas de agua muy ca-

(1) Hoy doy la preferencia á las sangrías locales. (*Nota del autor.*)

liente: un cuarto de hora después de la primera evacuación, me inquietan cólicos ligeros: nueva evacuación de materias acuosas, sin olor y abundantes. Mi compañero vuelve, examina las materias arrojadas por abajo, y las declara aun no coléricas.

Yo quedo en cama: la cabeza un poco pesada, cara pálida (nada de miedo ni pavor, á pesar que soy sospechoso); respiración normal; pero la voz me parece desde muy temprano alterada; el corazón bate como de ordinario; el epigastro es insensible á la presión de la mano; pero el estómago está dispuesto á náuseas. El hipogastro un poco sensible á la presión, sobre todo del lado de la región del colon descendien te.

Cada cuarto de hora repiten mis cólicos: tercera evacuación líquida abundante que me rompe las articulaciones y me turba la región precordial: el médico examina las evacuaciones y las declara coléricas.

Estoy sin coraje físico, no obstante, mis facultades intelectuales no me abandonan.

Habia observado que los coléricos conservaban su juicio sano, yo tenia necesidad de tenerle: lejos de Francia, privado de médicos de su capital, me concentro en mí mismo.

El médico me ordena un vomitivo para desembarazar el estómago de los humores que iban á inundarle, y para mudar el movimiento peristáltico de los intestinos, á fin de detener la diarrea. Yo no acepto el vomitivo.

Síntomas mas notables: cabeza mas pesada, un poco dolorida hácia la frente: mis ojos, habitualmente hundidos, se acercan al fondo de las órbitas; párpados azulejos, boca pegajosa, inapetencia; y la voz se altera sensiblemente hácia las ocho de la mañana; no hay orines; las extremidades de los dedos parecen á mi médico un poco frías: yo no conozco nada de esto; pero poniéndolos sobre el epigastro me convenzo de ello; ninguna sed: cólicos ligeros y continuos.

Cuarta evacuación, de color de suero, con copos del mismo color: mi debilidad después de esta evacuación es extrema. No puedo estar sentado, y dejo de escribir; me acuesto y me cubro. Ayer, después de mi cuarta evacuación (es el 8, hácia el medio día, que prosigo la historia de mi enfermedad), supliqué al médico de escucharme: «Mirad, le digo, que yo muero como todos los otros coléricos que hemos tratado, excepto uno (que es José); este debe la vida á la sangría.» El médico consiente en